

“Jesús, la piedra angular” (Lc. 20:18)
Sal. 126; Is. 43:16-21; Flp. 3:4b-7(8-14); Lc. 20:9-19

Hohenau.

Introducción

Un pasatiempo que tengo desde pequeño es armar rompecabezas, también llamados “quebracabezas” en portugués, y “puzle” en inglés. Sucede con frecuencia, armando el rompecabezas, que uno descarta la pieza que hacía falta poner en este lugar, o en aquel otro espacio. Y después de un tiempo, se da cuenta que esa pieza que tuve entre mis manos, es la necesaria. Pero ahora, ¿cuál es de todas estas? ¿Dónde está? En el marco de las religiones, o de la espiritualidad, sucede algo parecido. Muchas son las piezas religiosas que hay por ahí, pero una sola es la religión verdadera, una sola es la pieza o “piedra angular”, a la cual, si no atendemos, no seremos salvos. La Biblia considera a Jesucristo la “piedra angular”, la piedra fundamental, que no puede faltar en la edificación de nuestro hogar, nuestra familia, en mi vida personal. Porque solamente Jesucristo es un fundamento sólido para nuestra fe, porque sólo Él dio su vida por ti.

1. Jesús, la piedra angular

22 *La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo.* 23 *De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos” (Salmo 118:22-23; Lc. 20:19).* “La piedra de esquina es [una] parte importante del trabajo del albañil de que hablan las Escrituras. Cuando se pone la primera capa de piedras rectangulares sobre la cimentación, se selecciona una piedra ancha y cuadrada para cada esquina donde se unen las paredes. Una piedra cuadrada más delgada se pone por lo regular en cada esquina de la parte superior de las hileras de piedras donde descansarán las vigas del techo. Al labrar las piedras rectangulares que forman el volumen mayor de las paredes, es muy fácil que el albañil pase por alto la piedra apropiada para esquinero, y no la note a causa de su forma indeseable. Así el salmista dice: *‘La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo’*” (Sal. 118:22).¹

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, el apóstol Pedro confiesa que “este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:11-12).

Después, en su primera carta, Pedro les hace una invitación amable a los oyentes: 4 *“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, 5 vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo... 6b Y el que creyere en él, no será avergonzado. 7 Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; 8 y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. 9 Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; 10 vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia”* (1 Pe. 2:4-5, 6b-10).

2. Jesús, la piedra desechada por los edificadores

Jesús está citando en nuestro texto el Salmo 118:22-23. Para Jesús, el Salmo 118 se está refiriendo a Él mismo como la piedra angular, la piedra de vital importancia, que los constructores rechazaron. “Los «constructores», arquitectos... [albañiles] o maestros canteros valoran la calidad de cada piedra para construir la ciudad, las murallas, el templo... Desechan una piedra que no les parece de buena calidad, o está mal tallada, o no encaja en el aparejo. Queda apartada, sin el honor de formar parte de la construcción... del edificio, de la muralla, o como remate del templo”.² Eso mismo hicieron con Jesús los maestros de la ley y los fariseos. Como líderes del pueblo de Israel, como guías espirituales del pueblo de Dios, dejaron de lado lo principal: la piedra del ángulo, la piedra angular, a Jesucristo mismo han descartado. No lo tuvieron en cuenta como el Mesías Salvador. Porque prefirieron edificar una casa o un templo, sin Cristo.

Podemos edificar nuestras vidas de dos maneras posibles: con Jesús, o sin él. Podemos edificar una espiritualidad basadas en las obras que demanda la ley, o una vida cuyo fundamento sea la fe en el Salvador Jesucristo. Podemos depositar la confianza en las exigencias de una religiosidad pomposa por fuera, pero vacía por dentro; o bien se puede depositar la fe en Aquel que cumplió la ley en mi lugar, y me adquirió el perdón completo de mis pecados en la cruz, por sola gracia, sin mérito alguno de mi parte.

¹ Wight, Fred. H. 1981. *Usos y costumbres de las tierras bíblicas*, Grand Rapids, Michigan: Ed. Portavoz, p. 236).

² Schökel, Luis Alonso. 1993. *Salmos, II*, Ed. Estella (Navarra): Verbo Divino, Salmo 118.

El apóstol Pablo, en su preciosa carta a los Filipenses, les recuerda estas cosas: Él había cumplido todos los requisitos para ser considerado un judío ejemplar, intachable. Pero, ¿de qué le servía todo aquello, si no tenía a Cristo en su vida? ¿De qué le servía ser un ejemplo de judío, si rechazaba el perdón de Dios ofrecido a través de Cristo? Toda su vida, al final, venía a ser como un “castillo de naipes”, que con sólo soplar un poco deshacía. Pablo llega a afirmar que, ahora que llegó a estar en Cristo por el don de Dios de la fe, y por el santo sacramento del Bautismo, ahora él veía que todas aquellas cosas con las cuales pretendía ganarse el favor de Dios, era todo en vano, era todo sin valor. Es más inclusive: él lo ve ahora como basura, como estiércol. Obtener la salvación a través de las obras, Pablo lo considera ahora como una casa sin piedra angular, como un “castillo de naipes”, como basura y estiércol: *“Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, 9 y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Flp. 3:8-9). “La palabra ‘justificar’,... significa pronunciar a alguien justo y libre de pecados y absolverlo del castigo, por causa de la justicia de Cristo... Dios es el que justifica (Ro. 8:33), es decir, absuelve del pecado.”³

Es sorprendente el lenguaje con el que Pablo se refiere al intento del hombre de salvarse por su propio esfuerzo, por su propia obra. Como si el apóstol dijera: “Quien piense que merece una pequeña aureola, un poco de gloria, no tiene todavía la fe que justifica, está aún ciego, no anda aún por el camino de la salvación, sino por el camino que conduce directamente al infierno”.⁴ Pero este lenguaje del apóstol Pablo nos sirve para comprender el inigualable valor que tiene la fe para un cristiano. La justificación por la fe es lo que hace la diferencia en la vida cristiana. No es lo externo lo que llena el corazón, tampoco sirven delante de Dios las apariencias. Lo que cuenta para Dios, es la fe en el sacrificio vicario de Cristo, es decir, lo que Cristo hizo por nosotros, en nuestro lugar. Para Dios el Padre, tu salvación no depende de cuánto hagas para salvarte, sino que depende absolutamente de lo que hizo Jesucristo en tu lugar. “Dios no ve en nosotros nada que pueda contar por justicia; la justicia que obtenemos mediante la fe es ajena, no la hemos adquirido nosotros mismos, ni hemos contribuido en nada para su consecución”.⁵ Al contrario, fue y sigue siendo Cristo la piedra rechazada por los constructores, pero que ha llegado a ser el fundamento sólido e inamovible de nuestra fe. Sin Cristo, estoy completamente perdido; con Cristo, estoy plenamente salvado. Sin la justicia de Cristo, mi vida es un “castillo de naipes”; en Cristo y sus méritos, mi vida está al resguardo de un “castillo fuerte”.

3. Jesús, ¿la piedra desechada por su iglesia?

Cristo es lo que da solidez a mi vida, el Cristo sustituto, el Cristo vicario, el Cristo por nosotros. Por eso, la solidez de un hogar cristiano pasa necesariamente por la estima que se tenga de la Palabra de Dios. Porque si tenemos en alta estima la Palabra de Dios, seguramente haremos uso de ella. Porque, ¿cómo puedo decir que creo que la Biblia es la Palabra de Dios, y no usarla como debo hacerlo? Si valoro la Biblia como la única Palabra que Dios nos dio a conocer, entonces me acercaré a ella como si fuese la “piedra del ángulo” con la cual el Espíritu Santo va a guiar y edificar nuestra vida de santificación.

Pongamos un ejemplo: si tengo una máquina de cortar pasto, pero no la uso, ¿qué va a pasar? Ciertamente el pasto crecerá, y bastante. ¿Qué pasará entonces si teniendo la Palabra de Dios en nuestros hogares, pero no la empleamos, no la manejamos, ni la leemos en familia? El pasto y los yuyos crecerán, es decir, los quehaceres y preocupaciones de la vida crecerán tanto, que no te permitirán tener una visión correcta de la realidad. Cuando mires para afuera, a la ventana de tu vida, solamente verás yuyos altos, tan altos, que tal vez no te permitan ver la luz del sol. Y cuando eso pase, o si esto ya está pasando, lo que es necesario hacer, es una “reforma”. Es necesario volver al emplear la máquina de cortar pasto, así de fácil. Es necesario volver a emplear la Palabra de Dios en nuestros hogares, es necesario, como iglesia, una continua vuelta al evangelio de Cristo.

La velocidad del tiempo presente, el estilo de vida de nuestra sociedad actual, intentan patear a Jesús del tablero. No quieren que Jesús esté presente en nuestra mesa, a través de una oración de acción de gracias por el alimento cotidiano. Tampoco desean que Jesús les acompañe en el hogar, haciendo el devocional como familia. Ni pretenden que se hagan un tiempo para hablar de Jesús a otras personas. El reloj del tiempo no nos debe dominar como iglesia cristiana. El trabajo y los compromisos no tienen por qué convertirse en un enemigo de la fe cristiana. Al final, nosotros mismos somos responsables delante de Dios del uso del tiempo. Nuestra agenda del día a día se debe acomodar al reino de Dios, y no el reino de Dios a nuestra propia agenda. Como dice san Pablo, que como familia de Dios hemos de ser *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”* (Ef. 2:20-21).

³ Libro de Concordia, FC DS art. III, § 17b.

⁴ Walther, Carlos. (1972). Ley y Evangelio, Tesis X, Buenos Aires: Dep. Comunicaciones de IELA, p. 181.

⁵ Walther, Carlos. (1972). Ley y Evangelio, p. 181.

4. Jesús aún es la piedra angular de su iglesia

Una noche, el rey de Babilonia, Nabucodonosor, tuvo un sueño. Dice el profeta Daniel: *31 “Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. 32 La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; 33 sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. 34 Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano [humana], e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. 35 Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra”* (Dn. 2:31-35).

Este sueño, interpretado después por Daniel, nos cuenta de una imagen compuesta de diversos metales, cada uno representando a un imperio distinto que hubo en la historia humana: el oro, Babilonia; la plata, los Persas; el bronce, los griegos con Alejandro Magno; el hierro, el Imperio Romano; y el hierro mezclado con barro, se refiere al último imperio, que es un intento de resucitar el viejo Imperio Romano. Finalmente, una piedra aparece en escena, sin que ser humano alguno la corte, sino que es cortada y puesta por Dios: se refiere a Cristo y su reino eterno, que nunca pasará, que jamás será destruido. Esta piedra hiere a la estatua, la cual se convierte en polvo y desaparece.

Así será: al final de la historia, cuando Cristo venga, él juzgará a todas las personas. Los que son de la fe de Cristo, permanecerán para siempre, la vida eterna. Los que le rechazaron, irán al castigo eterno, como polvo que se lleva el viento. Por eso, permaneciendo como familias cristianas en la roca firme la Palabra de Dios, y de la doctrina sana que ella contiene, ustedes tampoco pasarán, esta iglesia tampoco pasará. Como Jesús le promete a Pedro, enseñándole a Pedro que aunque él se considera firme como una roca, en verdad es Cristo mismo el fundamento firme de la fe, y por eso dice: *“tú eres Pedro, y sobre esta Roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”* (Mt. 16:18).

Nosotros podemos llegar a creer a veces, que somos nuestro propio fundamento, que yo soy quien construyo mi vida; pero Cristo nos previene, y nos anima, diciendo: *“Es verdad que por el momento te crees firme Pedro, pero sólo Yo soy la piedra angular de la iglesia. La iglesia no se edifica sobre ti Pedro, la iglesia está construida a partir de Mí, Jesucristo. La iglesia no es propiedad de hombre alguno, no es propiedad tuya, ni tú la edificas, ni pertenece a alguien que se haga llamar “Santo Padre”, ni de los “masones” o albañiles del diablo; sino que la amada iglesia, el viñedo del reino del Padre, me pertenece a Mí, el Señor Jesucristo. Porque Yo derramé mi sangre por amor de ella. Así que Pedro, permanece firme en la confesión de la fe que de mí aprendiste, y ni aún los poderes del maligno podrán contra ti, ni tampoco contra tu familia, ni menos aún contra la cristiandad”*. Amén.